



CUANDO LADRAN LO

LOS perros han vuelto a ladrar esta noche. Con el ladrido corto y alegre que yo ansiaba oír. Hace rato que ha dejado de llover y del exterior sólo llega el ruido monótono de las gotas de lluvia que resbalan por el canal del tejado.

Hacia tiempo que los perros no ladraban de esta forma. Desde San Miguel, para ser exacta. Otras muchas noches el ladrido ha sido de alarma, hoy de alegría. Siempre que Venancio vuelve a casa los dos animales ladran de placer. Desde lejos advierten la presencia del hombre y su olor les hace saltar de contento. A mí su olor ya no me dice nada. Sólo a humo y suciedad huelen sus ropas. Para los perros siempre pervive el otro olor, el que da la piel del amo.

Ya estaba en la cama cuando los perros comenzaron a ladrar. Al principio no supe distinguir su tono; luego me levanté con el corazón golpeando fuerte, y de pronto otra vez reposado, cuando me he dado cuenta de que no es como antes. Me deprime su actitud. En las noches en que Venancio ha vuelto a casa su cuerpo me sigue pareciendo como la primera vez, como cuando supe del hombre en el almiar. En mis manos siento el cosquilleo y el escalofrío que me producía la fortaleza suave de sus hombros. El recuerdo de aquella ocasión se me aparece claro y percibo el temblor y el sudor que me invadía.

El, sin embargo, ya no parece verme. Está muy lejos de aquella actitud jadeante, diciéndome con su mirada, que yo percibía en lo más hondo de mis pulsos, lo que en aquel momento era para él.

Ahora sé que aquella ocasión no volverá a repetirse. Aquel movimiento con que me envolvió con sus brazos, blandamente, como si yo fuera suya desde tiempo atrás, es un simple recuerdo que se obstina en aparecer.

Ahora vuelve a riesgo de perder la vida, eso sí, pero sin ilusión, sólo por el hijo.

Andrés duerme hace rato. Tapada la cabeza, entre las mantas apenas si hace bulto. Está tan delgado. Es difícil encontrar comida. La huerta, sin brazos que la trabajen, no produce, y en el pueblo llenamos los estómagos con agua caliente que parece sopa.

Cuando Venancio golpea en la ventana yo ya sabía su presencia. Me he bajado de la cama y le he abierto rápida y temerosa. La puerta ha chirriado agudamente, y hasta en ese grito lastimero he sentido su ausencia. Sé que si él estuviese como antes, la puerta se movería silenciosamente, que los goznes engrasados correrían sin ruido.

Con el hombre ha entrado el sabor de la noche fría y sin luna. Envuelto en la pelliza, con el arma cruzada en la espalda, atraviesa el umbral agachándose para no tropezar con el bastidor de la puerta. El gorro pasamontañas que trae encasquetado en la cabeza le oculta la mitad de la cara. Y debajo de la visera, algo torcida por el continuo uso, sus ojos brillan excesivamente.

—¿Y el niño?

Es lo primero que pregunta. Otra cosa no le interesa. Y seguido:

—Aquí hace calor.

—Duerme.

Mira hacia la habitación y se descuelga el arma que apoya contra una silla. El pasamontañas está abrochado debajo de su barbilla y Venancio le da un fuerte tirón para quitárselo.

—¿Te hago café?

—Si tardas poco... He de irme pronto.

—El café te hará bien. Fuera hace frío.

Se desabrocha la gruesa pelliza con cuello de piel y entra en la alcoba de Andrés. La prenda le hace

más corpulento, le marca unos hombros de una anchura mayor, como sé que él no los tiene.

—¿Come?

—¿Quién, el niño?—pregunto sabiéndolo.

—Sí, Andrés.

—Lo que hay. Poco.

—No está muy fuerte. Necesita comer más.

—Nuestro hijo está creciendo. Ya engordará. Más adelante.

Estoy segura que desea despertar a Andrés y contarle muchas cosas. Todo lo que a mí no me dice. Allí, en la sierra le ocurren cosas, y si fuera como antes, sentado a mi lado, apretándome las manos, estoy segura que me hablaría de ellas. Cuando novios, en nuestros paseos de cada tarde por el camino de la era o por la explanada de detrás de la iglesia, sabía contarme todo lo que había hecho durante el día, cómo había trabajado la tierra, cómo la semilla empezaba a dar sus primeros brotes y cómo tenía que arrancar la lenguaza que invadía el sembrado. Yo le escuchaba atenta y sin perder palabra. Cuánto me gustaba su charla. Los eucaliptos que bordeaban el camino no existían para mí. No vela nada de lo que nos rodeaba. Sólo escuchaba y deseaba que no cesara nunca de hablar.

—Mi hijo no debe esperar a que esto termine. Ahora es cuando tiene que hacerse hombre.

Por un instante vuelvo a oír la respiración acompasada del durmiente y luego:

—Anselmo está fuera, vigilando, haz más café para él.

El café casi no me va a llegar para los dos. Unos cuantos granos que le guardo desde hace tiempo.

—En el pueblo ya no queda café, ni muchas otras cosas—le digo.

—Hay que arreglar esto.

—¿Has venido en el caballo?—le pregunto.

Andrés se revuelve en el lecho.

Venancio sale de la habitación pausadamente. La luz del candil apenas ilumina la faena en el fogón. La torcida es ya tan pequeña que chisporrotea al contacto con el aceite.

—Lo mataron. Una bala en la cabeza.

Los perros en el exterior gimen contra la puerta.

—¿No han vuelto por aquí?—pregunta.

El café empieza a hervir.

—Hace una semana el teniente estuvo preguntando a Andrés en el camino de la noria. El niño no sabía nada. Le preguntan a él, porque conmigo saben que es inútil.

El teniente tiene un bigotillo recortado que me causa risa. No puedo evitarlo. Pero en el fondo pienso que esa risa es de miedo. El teniente me da miedo. Acecha a Venancio constantemente. Cada vez que se acerca por casa es como si se me cortase la digestión de algo que no he comido. Tras sus gafas de cristales, constantemente empañados, sus ojos recorren todos los rincones. Y estoy segura de que la risa que me produce es de miedo. Sé que en cualquier momento puede encontrar a Venancio. Cada vez que baja de la sierra puede sorprenderle. Allí, en el campo, es distinto. Ellos conocen bien el terreno. Pero en el pueblo, por sorpresa, pudiera ocurrirles una desgracia. Soy egoísta. De verdad que es Venancio el único que me inquieta. Anselmo y los demás... no sé. Pero no podría soportar que a él le ocurriera algo.

Venancio ha cogido el arma y le pasa la mano derecha por el cañón.

—¿No te quedas un rato conmigo?

La pregunta andaba rondándome desde que llegó. Lo estaba deseando desde la última vez. Le he mirado a la cara.

—No hay tiempo—responde seco, y parece no costarle ningún esfuerzo la negativa.



S PERROS

Por JOSE ANTONIO PALMA ALVAREZ

—Anselmo está vigilando. No hay cuidado. El avisará.

—¿Está el café listo?

He empezado a servirlo en la taza. Es inútil que yo intente retenerle. Cuando vino por San Miguel ocurrió igual. Venancio es distinto. A veces pienso si la diferente seré yo. El tiempo pasa y aquí en el campo una se hace vieja pronto. Por eso, cuando me miro al espejo, lo hago con miedo de encontrarme con otra mujer distinta a la que él quería. Antes le gustaba mirarme y era poco el tiempo que podía estar quieto. Sus abrazos casi me ahogaban.

—En el monte las cosas no van bien. Han llegado algunos extranjeros que quieren obligarnos a hacer sus deseos.

—Bebe. No está muy caliente.

Le he servido el café y no contesto a su comentario. No tengo nada que decirle. Me acerco y le pongo la mano sobre el hombro.

—¿No te quedas?

—Voy a sustituir a Anselmo mientras toma el café.

Desde la puerta de la habitación de Andrés mira hacia la cama, el cuerpo perdido entre las mantas. Cuando sale siento a los perros que saltan a su alrededor. Y yo tengo que contenerme.

Anselmo entra pronto.

—Buenas noches, Carmela.

—Hola, Anselmo.

El hombre lleva un capote militar sin mangas y un casco. Es bajo y ancho de espaldas. No parece campesino, tiene la figura de un luchador.

Le ofreció café, y después de sujetar un momento la taza con las manos, como si se las calentara, e lo bebe de un tirón.

—Está bueno. Mejor que el que hacemos allá arriba. ¿Tienes algo de pan? Hace tiempo que no lo comemos.

Busco en la cesta que tengo colgada de una de las vigas y le doy un trozo, un trozo de pan moreno, casi negro. Todo ha cambiado, incluso el color del pan.

—¿Cómo van las cosas?—le pregunto.

—Nada bien, Carmela.

—¿Cuándo volverás?

Le pregunto a Anselmo porque Venancio no me hubiera respondido. El nunca sabe cuándo va a volver. En el monte se entrega a la guerrilla. Es como un fuego que le quemase por dentro y que le impidiera volver junto a mí. Todo él no vive más que para la lucha. Sólo el hijo, Andrés, nuestro hijo, en ocasiones aparta su ánimo de la pelea.

—Depende de Venancio. Además es peligroso. En el pueblo hay quien no nos quiere bien.

El resto del café que Anselmo deja en la taza me marca el final y siento una rabia que me impulsa a gritar a Venancio mi deseo, a abrazarme a él y decirle que si no se da cuenta, que si la guerra lo ha vuelto ciego.

Anselmo sale de la casa y se une a Venancio en la oscuridad. Le oigo volver por el ruido de los perros que le piden caricias.

La voz me llega fría y distante.

—Carmela, amarra los animales, no quiero que se vengán detrás.

Me cuesta trabajo porque los perros se resisten a permanecer aquí mientras el amo se pierde en la oscuridad.

(Ilustración de María Antonia Dans.)



CLASICA
Y
EXQUISITA

90'

CESAR

IMPERATOR

LABORATORIOS SEGURA BARCELONA-ESPAÑA